

Solé Tura regresa fugazmente al escenario

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 7.12.09

Es una muerte digna de una novela de Paul Auster, pues parece regida por una casualidad tan significativa como intrigante. Jordi Solé Tura ha muerto en vigilia del aniversario de la Constitución, cuando todavía resuena el eco del moderado editorial conjunto de los diarios catalanes en defensa de la constitucionalidad del nuevo Estatut. Es inevitable calificar de mágico este extraño sentido de la oportunidad de Solé Tura. Secuestradas sus preciosas neuronas en los últimos años por el alzheimer, estaba ya retirado del escenario. Y lo visita estos días fugazmente antes de abandonarlo para siempre. Solé era un hombre de profundas convicciones, pero capaz de ceder mucho, como hicieron todos los de su generación. ¡Cómo contrasta su figura con los dogmáticos que ahora parecen dominar el escenario! Dogmáticos e intransigentes azuzan desde hace años en Madrid una lectura constrictiva y reduccionista de la Constitución; mientras que en Catalunya se frotan las manos los que, sin alzar la voz, desean por razones opuestas, esta misma lectura restrictiva: para pescar en el río revuelto de la decepción.

La primera lección que Solé Tura nos ofrece en este difícil momento presente es la del optimismo de la voluntad. Nada hacía presagiar que aquel joven panadero de Mollet, crecido durante el franquismo en una familia republicana, culminaría una bella carrera política e intelectual. Pero lo consiguió. Lo explica en el primer y único volumen que pudo escribir de sus memorias, que se inicia con un vago recuerdo de la detención de

su tío en octubre de 1934 y termina con dos ancianos comunistas, Pasionaria y Alberti, presidiendo el Congreso en 1977. El optimismo que proclama en sus memorias, sin embargo, nada tiene que ver con la apología del éxito, tan de moda hoy en día. La mayoría de los que conquistan una posición con su esfuerzo personal lo hace en beneficio propio; sólo unos pocos, que debemos calificar de héroes, lo hacen al servicio del bien común.

Solé Tura fue uno de estos héroes. Al poco de llegar -robando horas al sueño- a su nuevo estatus universitario, lo puso en peligro por sus ideas: organizando las primeras células comunistas. Conoció la prisión y el exilio. En Praga, en Berlín Oriental o en Bucarest, Solé descubrió la paradoja de ser acogido en unos países comunistas horriblemente parecidos al franquismo del que huía. Esta percepción le llevó, junto con la influencia antiautoritaria de Mayo del 68, a posiciones críticas. Demostró entonces haber entendido algo que otras muchas veces practicó: que la ideología está al servicio de la verdad, no a la inversa. Otro consejo para estos días de predominio de visiones nacionales abstractas, alejadas de la complejidad social y cultural de la España y la Catalunya reales.

Regresó a Barcelona en la fase declinante del franquismo, con sus cárceles y sus nuevas y arriesgadas aventuras: la caputxinada, el movimiento Bandera Roja, el unitarismo de la Asamblea de Catalunya, su crítica al nacionalismo catalán. De nuevo en el PSUC, colideró el sueño del comunismo de rostro humano. Un eurocomunismo a la italiana que no obtuvo el respaldo previsible. Solé Tura aceptó los límites que le imponía la democracia. Convertido en ponente constitucional, representó no sólo al catalanismo cultural, sino a la izquierda más sufriente y combativa. Y

redactó, junto con seis representantes de otras corrientes (entre ellos, Fraga, ex ministro de Franco), un texto que, por primera vez, en lugar de restar, sumaba. Sumar, es decir: contener las propias ideas, para reconocer las del adversario. Tres factores contribuyeron al éxito de la suma: el miedo, la culpa y la generosidad. El miedo a los militares, sí, pero también a la reproducción de los desastres de la guerra. La culpa que todos sentían por los excesos del pasado. Y la generosidad de héroes como Solé Tura, quien, después de haberlo dado todo por sus ideas, cedía el terreno necesario.

Las jóvenes generaciones de hoy han perdido el miedo. El sentimiento de culpa ha desaparecido no sólo de la vida social, sino de la personal. Y ser generoso es hoy en día peor que ser tonto. Nuestra libertad no está amenazada, aparentemente. Pero todos pretenden practicarla sin contención alguna. Como si sólo a ellos perteneciera el escenario. ¿Y el sentido autocrítico que acompañó durante toda su vida a Jordi Solé Tura? Brilla por su ausencia en esta España en la que rebrota, por un lado, la tentación constrictiva (el trágala) y, por otro, la tentación irreflexiva (el portazo).

Contención, generosidad y sentido autocrítico. ¡Qué palabras tan antiguas! Solé Tura las recuerda en su última visita al escenario público, en el que puede estar gestándose un choque. ¿Olvidaremos que, en épocas de crisis económica, los choques políticos los prepara el diablo?